

26/4/56

Crónicas del Sur (IV)

El Teatro Sin Cadenas

por Sebastián Salazar Bondy

Las tareas de reconstitución nacional no abarcan, en la actual Argentina, exclusivamente los campos de la política, la economía, la educación, etc. La democracia ha llegado también a los escenarios de los teatros donde la voracidad peronista —el arte dramático es en Buenos Aires un buen negocio— encontró una suculenta ración. Ante todo, aparte de haberse roto la camarilla sindical que controlaba a su capricho las carteleras, ha desaparecido la censura y los nombres de los autores más diversos y de los actores de filiación más encontrada figuran en ellas con las dimensiones que les corresponden. El "justicialismo" quiso hacer usufructo de la popularidad de las estrellas del teatro argentino y les exigió, sin ningún reparo, la adhesión pública a su doctrina. La coacción fue severa y quien se resistió a obedecerla —o simplemente se mostró remiso ante tal reclamación— sufrió el boicot oficial y hasta la persecución. Y uno de los atractivos turísticos más importantes de la capital del Plata, sus espectáculos, se vio convertido en parte de la obligatoria y lisonjera conformidad hacia el régimen.

Hoy vuelven los escenarios a mostrar la calidad artística perdida. Durante los años oscuros fueron los grupos experimentales los que mantuvieron en sus estrechos refugios a libertad creadora y hoy, cuando se abren las puertas de las grandes salas a las corrientes del espíritu presente, los jóvenes artistas, combatientes a su modo y su terreno, comparten con los veteranos la responsabilidad de recuperar para la escena nacional el antiguo prestigio. No es raro, entonces, que al lado de Narciso Ibáñez Menta actúe Alfredo Alcón y que en el elenco de Francisco Petrone, recepcionado como un verdadero héroe por los espectadores, figuren Inda Ledesma y Duilio Marzio. El público, a pesar de los impedimentos que en la década peronista le escarmentaron la satisfacción de ver lo que su gusto pedía, se ha mantenido en estado de inocencia y no ha llegado hasta su alma el tóxico totalitario que se le obligó a tragar insistentemente.

Pero alguna mella ha hecho la etapa sobrepasada ya. Se trata de la desorientación que en este periodo inicial se manifiesta en los repertorios profesionales e independientes. La puesta en escena más exitosa del momento la constituye "El gato en el tejado caliente de zinc" de Tennessee Williams —el último triunfo en Broadway del notable autor norteamericano—, cuyo sentido perverso, alusivo a tópicos crueles y desgarradores (decadencia moral, crisis conyugal, homosexualismo, enfermedad, etc.), parece que excede la sensibilidad elemental de la mayoría y fomenta el desánimo

reinante. Petrone, que ha vuelto de su destierro en México, fue saludado la noche del estreno de esta pieza, en la que encarna el primer papel, con una ensordecedora ovación, que se repitió al final del espectáculo y se hizo extensiva a su compañía, integrada por gentes que padecieron también los vejámenes de la capilla "justicialista". La puesta del drama de Williams, sin embargo, testimonia que los gritos de "¡Viva la libertad!" con que el público dio la bienvenida al actor responden al anhelo profundo de la multitud de juzgar por sí misma, y no a través de dictámenes previos, los frutos del arte contemporáneo.

Sartre, al cual el régimen de Perón condenara aún en sus versiones originales —Barrault se vio impedido hace unos años de ofrecer su interpretación de "Les Mains Sales"—, luce su sensacional apellido en dos carteleras: una brinda la propia "Manos Sucias" y otra "La Mujerzuela Respetuosa". Y aunque con respecto a la primera se ha promovido una cuestión judicial relativa a la desautorización del autor para que su drama se represente, y que, tanto en la una como en la otra, la incorporación escénica del texto deja mucho que desear, los espectadores agotan el papel diariamente y celebran, un poco con carácter de desquite postrero, las ideas del filósofo existencialista. "Proceso de Jesús", del católico italiano Diego Fabbri, representa la tendencia adversa y convoca también a los aficionados con entusiasmo y calor polémico. Se trata de la ficción de un juicio a Cristo hecho por un grupo de judíos con el fin de establecer objetivamente y ante una atormentada conciencia su culpabilidad o su inocencia. La obra concluye con la proclamación de la vigencia eterna de los principios evangélicos, tras una descarnada crítica de la misma sociedad cristiana.

Los extremos no son sólo estos. Las agrupaciones vocacionales presentan "El Descubrimiento del Nuevo Mundo" de Lope de Vega, "Ligados" de O'Neill, "El Maestro de Santiago" de Montherland, "Lo que no fue" de Coward, etc., en tanto los sainetes y las variedades muestran una gama que va de la bella comedia musical yanqui "Simple y Maravilloso" —un espectáculo fino y divertido— a la astracanada que lleva por significativo título "El General rajó al amanecer" referida a asuntos que todo el mundo tiene a flor de labios. Todo ello al iniciarse una temporada que por el clima sin ataduras en que se desarrolla promete dar a cada uno lo que demanda. En resumen, cualesquiera que sean las mortificaciones que la situación anómala de hoy crea al hombre de la calle, él sabe ya que ningún poder puede obligarlo a ver y oír lo que no desea.